



El Consejo Europeo de primavera que irá acompañado por un debate monográfico dedicado a la Industria, debe convertirse en un punto de inflexión que conduzca a una reindustrialización de Europa, apoyada en programas de innovación, de formación, de internacionalización, medioambientales, de energía, para pymes, en instrumentos de apoyo y en un mejor acceso a la financiación.

La Industria Europea, está amenazada con perder peso global e incluso de caer en la irrelevancia frente a otras áreas geográficas y su objetivo debe ser recuperar un peso del 20 por ciento en el PIB europeo en 2020, cuando actualmente apenas supone el 15,6 por ciento. Ello pasa por invertir la actual tendencia de decadencia industrial para recuperar un crecimiento sostenible que genere empleo de calidad para responder a los problemas económicos y sociales a los que se enfrenta la Unión Europea.

Europa comienza ahora a registrar los primeros signos reales de recuperación de su economía. Si bien todavía sólo a nivel macroeconómico, esos signos ya son alentadores, tras años de estancamientos y recesiones, constituyen el primer y necesario paso para recuperar el camino del crecimiento. Se trata de que Europa recupere una tendencia positiva, de que sea capaz de sacar el máximo beneficio de este inicio de la recuperación económica.

Cambiar la dinámica negativa exige que se den ciertas condiciones, incluyendo una visión política seria y coherente que enfoque a la Unión Europea y a sus países miembros hacia una economía más sostenible que promueva la inversión a través de la innovación, de mercados laborales flexibles, de una mayor estabilidad y seguridad jurídica y con un mejor acceso a la energía en condiciones de mercado competitivas.

En repetidas ocasiones, los responsables políticos de la Unión, empezando por el presidente de la Comisión, han señalado que una fuerte base industrial es indispensable para una economía europea fuerte, y que el crecimiento económico europeo ha de basarse en la competitividad y el respeto medioambiental.

Pero ese camino, marcado tan nítidamente, se viene sustentando en una serie de políticas dispersas y más desconectadas de lo que sería deseable para promover un desarrollo industrial sólido y consistente.

Política industrial, política energética y cambio climático, y eficiencia en el uso de los recursos, vienen siendo abordadas como si fueran políticas aisladas y hoy es imprescindible una visión global. Es necesaria una dirección política central y coordinada de todas ellas, con su eje central situado en una política industrial comprometida con el crecimiento y la creación de empleo, en torno a la cual han de integrarse el resto de políticas.

El elemento fundamental de esa política industrial capaz de revertir la actual situación de decadencia del sector manufacturero en Europa es la innovación. Europa debe ser un líder mundial en innovación, lo que exige que haya investigación y que se den las condiciones marco adecuadas para que esta se desarrolle, incluyendo un sistema normativo favorable.

La innovación es condición *sine qua non* para ser competitivos sin tener que afrontar retrocesos sociales. Y la Industria es el núcleo de la innovación, la responsable del desarrollo y la producción de las tecnologías, los equipos y los sistemas que todos los sectores aplican y convierten en bienes y servicios.

Pero en una economía, global, cambiante y cada vez con mayor competencia en tecnología y técnicas de fabricación ajustadas, las empresas deben de ser capaces de adaptarse rápidamente, lo que implica un cambio de orientación de la investigación a la innovación en las instituciones europeas. Ese giro ha comenzado a darse pero es necesario que siga desarrollándose.

En Europa y más marcadamente en España, la actuación en I+D+i está además condicionada por el tamaño de las empresas. De los más de 22 millones de pymes europeas, un 92,1 por ciento son microempresas, con menos de diez trabajadores, y sólo un 6,6 por ciento se sitúan en el segmento entre diez y cincuenta trabajadores.

Europa se condenará a perder relevancia industrial y económica si se empeña en la preservación de las estructuras económicas actuales y no aplica sus mayores esfuerzos en la creación de industrias nuevas y prósperas que generen nuevos y mejores empleos. En España el porcentaje de microempresas es todavía mayor ya un 82,76 por ciento de las pymes tienen menos de tres asalariados.

Esa atomización empresarial del tejido productivo no es buen caldo de cultivo para la innovación y serán necesarias medidas que permitan generar una masa crítica de empresas de tamaño medio capaces de generar investigación y desarrollo, de obtener financiación para convertirlos en innovación.

Además de esos cambios de orientación, la innovación requiere sobre todo condiciones marco atractivas, incluida una regulación favorable, es decir menos legislación y más estable y predecible.

El volumen legislativo que afecta a las Industria crece constantemente y sobrecarga a muchas empresas, de nuevo especialmente a las pequeñas y medianas, cuya capacidad de gestión administrativa no permite asimilar los cambios frecuentes e impredecibles en las políticas y normativas que acaban suponiendo una lastre enorme para su actividad. Es preciso evitar normativas que se solapan y que, incluso, resultan en muchos casos contradictorias.

La proliferación y dispersión normativa y el solapamiento entre normas es particularmente evidente y preocupante en el ámbito de la regulación medioambiental. Ejemplo paradigmático de solapamiento e inestabilidad en su aplicación son la legislación sobre "Restricción en el Uso de Sustancias Peligrosas en Artículos (RoHS por sus siglas en inglés), la de "Ecodiseño" y "Residuos de Aparatos Eléctricos y Electrónicos" (WEEE por sus siglas en inglés) y la normativa de sustancias químicas REACH.

Todos los esfuerzos para mejorar la adecuación y proporcionalidad de la normativa son útiles, pero son muchas las incongruencias que todavía no se han abordado. Quizá los legisladores deberían ser conscientes de que se logran más resultados con una mejor aplicación de la norma que con el desarrollo de una nueva. El desarrollo de una nueva normativa solo debería abordarse si es pertinente, proporcional y genera eficiencia para las empresas.

Cualquier política industrial debe apoyarse en mercados laborales dinámicos, flexibles, inclusivos, y con posibilidad de acceso a las cualificaciones necesarias. La evidencia de todo ello es que los países cuyos mercados laborales tienen esos atributos son, precisamente, los que mejor han resistido la actual crisis en términos económicos y de empleo.

Las reformas del mercado laboral en los países menos desarrollados industrialmente les permitirán afrontar mejor los retos que plantean el desarrollo tecnológico y la globalización de los mercados, y adaptarse a las necesidades reales de los propios trabajadores.

Además, la reducción de los costes laborales que suponen en muchos casos impuestos a la creación de empleo, evitarían que los trabajadores queden excluidos del mercado laboral por razones de costes y permitirían centrar la atención en la protección del empleo, mejor objetivo que la mera protección del puesto de trabajo.

Por último, la Unión Europea y los gobiernos nacionales deben evitar incrementar todavía más el precio de la energía para la Industria. Europa se enfrenta al reto, crucial para la competitividad, de encontrar el equilibrio entre la seguridad del suministro con costes razonables y el apoyo a las tecnologías verdes.

En los últimos años, las empresas europeas han pagado cerca del doble por la electricidad y cerca de tres veces más por el gas que sus competidores estadounidenses. Muchos fabricantes de productos de gran consumo están siendo expulsados fuera de Europa debido a los altos precios de la energía, lo que está suponiendo una gran pérdida de empleos, sin beneficios medioambientales relevantes, por no decir inexistentes.

La medida más urgente para proporcionar energía asequible es la creación de un auténtico mercado europeo de la energía. Además, la reducción de emisiones de dióxido de carbono debe ser asequible, tecnológicamente neutral y basada en reglas de mercado, lo que permitiría a las empresas europeas no solo desarrollar tecnologías verdes para una economía más limpia, sino también obtener productos orientados a ese mercado que podrían ser exportados y proporcionar a las empresas europeas el liderazgo internacional en ese ámbito.

En definitiva, es tiempo de sentar las bases para que Europa pueda aprovechar al máximo la recuperación económica, de un mejor crecimiento, de mayor inversión y de la creación de empleo. Es decir, con o sin Consejo Europeo monográfico, es tiempo de trabajar por la Industria y apostar por ella decididamente.

***Una política global para revertir la
decadencia industrial europea***